

*Paréceles a los leoneses que alabar otro pueblo,  
y no a León, es delicto contra la corona real.*

**López de Úbeda, *La pícara Justina***

*Delantre estos asadores  
que respetaron las fieras  
nun temades en culgari  
llardu, butiello y murciellas.*

**Canto popular**

*Enivrez-vous sans cesse! De vin, de poésie ou  
de vertu, à votre guise.*

**Baudelaire, *Les paradis artificiels***

**DUENDE LEONÉS**

**(Premio Accésit del Festival del Botillo de Bembibre de 1998)**

Mi nombre es Chano Cabarcós de Lancia. Nací en Colinas del Campo de Martín Moro Toledano, aunque María Encina Matavenero Valderas asegura que mi madre me parió en Vega de los Árboles, y muy pequeño, casi bebé, me llevaron a Colinas del Campo unos acemileros maragatos que tenían pinta de mercachifles, “*quinquis y zarramacos*”, dice María Encina con sarcasmo.

Parece ser que estos arrieros eran de origen berberisco. “Te trajeron unos moros en el serón de un caballo”, me dijo en una ocasión el señor Pardín. “Venían cubiertos con pellejos de oveja y cencerros, rebozados en polvo”, agregó con guasa.

-¿De dónde vienen ustedes, buena gente? -les preguntó el señor Pardín.

-El hijo de mi madre, o sea Tristrás, es de Santiago Millas, para servirle -le respondió uno de ellos-. Los hay que son de El Ganso, y otros de Murias de Rechivaldo, señor -prosiguió el yegüero.

Y yo seguramente, aun sin saberlo, hacía las veces de Niño Jesús cantando aquello que dice: “*arre burro, arre caballo/ arre maragatos/ que hoy es mi primer día /de errante*”, que no herrado, pues “errar es de hombres -alienta Quevedo-, y ser herrado de bestias o esclavos”. Es bien sabido que un maragato sin mulo no es un maragato.

Empezaré diciendo la verdad, no quiero andar con tapujos ni medias tintas. Quiero contar mi historia lo mejor que sepa y pueda. Una vez que me haya desvelado, ya podrán condenarme al infierno. El proceso, a puerta cerrada, no está sino principiando. No quiero que nada se me escape, ni siquiera un *lacito del aire*, como bien diría el ilustre Ramón Gómez de la Serna. Quiero escribir cada detalle, cada instante, quiero apresarlos, revivirlos como si fuera la primera y la última vez; soy un existencialista, lo reconozco.

María Encina Matavenero Valderas, a quien yo llamo Minona con mucho cariño, es mi abuela materna. Daría mi vida por ella. Es una mujer muy instruida. Tiene una lucidez envidiable y se conserva en forma a pesar de sus ochenta y seis años. A mí me parece comprensiva, tolerante, aunque no haya querido entender por qué me abandonó mi madre.

A mi padre nunca le vi el pelo. Sé que era natural de Mansilla de las Mulas y un matasiete. Un individuo con planta de rejoneador, mirada miope y melancólica, gafoso, faldero, de oficio sastre, con el clavel siempre en su punto y dispuesto en la faltriquera de la chaqueta, cual suele acontecer con los modistos *chuletas*. Era conocido por el apodo de *Toñito El Chulo*. Un poco cabronzuelo sí debía haber sido; *nomás* diré que no quiso reconocermme como hijo. De él sólo llevo su apellido, eso creo.

“Tú eres pintado a tu madre”, me recuerda a veces Minona. Yo bien podría decir que soy uno de esos fementidos de chivo y mona.

Toñito El Chulo tuvo otras dos hijas con una maestra de Carrizo de La Ribera -a las cuales nunca he tenido el gusto de conocer-, y aun otro, echado a perder, con una prima carnal suya, que vivía en Valencia de Don Juan, y era mujer del archiconocido notario Agapito Sardón Aguzo.

Mi madre se escapó a la Argentina con un farandulero que se hacía pasar por terrateniente, y al que le gustaba meter gata por conejo en las subastas, vendiendo fincas, *quiñones*, el capital de algunos incautos e ignorantes, para presto embarcarse con los cuartos mangados a Buenos Aires, y si te he visto no me acuerdo. A este *bandarra* de armas tomar le llamaban Bullarengue. Parecía una mofeta. Era chaparro,

mostachón y encarnado como una *pomme rouge*, una manzana roja, quería decir, con la trompa de alcohólico empedernido.

“Este vivalavirgen, hijo de su madre, engatusó a la tuya, que te abandonó vilmente por dinero”, así me lo describe mi abuela cuando le asoma el malhumor y lo trae a mientes.

Yo no se lo tengo en cuenta a mi madre, el hecho de que me hubiera dejado tirado en la cuneta, ni le guardo rencor por eso. Sé que su pasión era convertirse en actriz. Una mujer de carácter y linaje, dispuesta a comerse el mundo. Quería experimentar nuevas sensaciones, viajar a América, esperando algún día conquistar la gloria. Sentía la necesidad de viajar, llevada acaso por las ansias de conocer un nuevo continente. Nunca pude conocerla. Murió joven a resultas de una enfermedad venérea, con las ilusiones intactas, y la sonrisa en los ojos y en los labios. Es ésta la imagen que he querido conservar de ella a través de una fotografía que me mostró Minona. Algo me dice que anduvo en malos pasos, ésa fue quizá su perdición. A mí, sin embargo, me hubiera gustado seguir sus huellas, dar con ella, en Buenos Aires o en el fin del mundo, pero no pude porque era un *guajín*. Mis inquietudes y pretensiones de vida agitada y aventurera pronto se verían truncadas al aprobar una oposición de enseñanza secundaria -esto no es penoso ni inexorable, soy consciente-, estabilizándome a la postre y haciendo sedentarias mis bien intencionadas correrías.

Sigo viajando, no obstante, porque sólo viajando y leyendo se espabila el entendimiento y se orea el espíritu. Hay que viajar para aprender a conservar, a apreciar, a tolerar, pero ya nada es igual a mi época loca de mocedad y vivencias a lo *Rimbaud* y *Jack London*: mis ángeles custodios.

Mi madre nació en el distrito dieciséis de París, pero creció en el Barrio de la Fuente, un barrio que aún hoy sigue conservando un aspecto rural, a pesar de las presunciones de la villa de Bembibre de convertirse en una ciudad moderna.

Severina, que de este modo se llamaba mi mamá, regresó a El Bierzo con su padre, o sea, mi abuelo, a quien tampoco conocí porque se ahogó en el embalse de Bárcena, mientras yo acampaba mi niñez en una aldea berciana, en las faldas del Pico Catoute. Fatales destinos, sin duda, los que se aventaron mi madre en la Argentina y mi abuelo materno en El Bierzo.

De mi abuelo materno, Antolín de Lancia, sé muy poco porque Minona casi nunca quiere hablarme

de él. Cuando se me ocurre preguntarle cómo era, me cuenta que tenía buenos sentimientos, pero que no se entendían ni a la de tres, hasta que decidieron cortar por lo sano, separándose definitivamente. “tu abuelo era demasiado tranquilo y conformista -me dice-; no congeniaba con mi ánimo inquieto y mi forma de ver la vida... Con él no iba el vivir en un país extranjero.”

En su juventud Minona viajó por toda Europa. Fue profesora de castellano durante treinta y cinco años en un centro de lenguas parisino, *Formalanges*, en Pigalle.

Desde hace nueve años Minona y yo vivimos juntos en la ciudad de León, cerca del Arco de la Cárcel, en la avenida Álvaro López Núñez. Ella me ha enseñado a mirar hacia el horizonte y a indagar en la mala fe humana-animal, que no es poca: “No te fíes de las apariencias, la falsa conciencia es una realidad y hay mucho mamón disfrazado”.

Mi abuela materna me ha mostrado la cara incierta de la vida, las hipócritas convenciones, el atolondramiento vivenciado cuando uno se queda estancado, esperando la sopa boba, cuando uno no intenta ir por ellas, más allá, y se queda a verlas venir, cuando uno permanece viviendo eternamente como los burros.

“En algunos sitios de esta provincia aún se sigue viviendo como en la prehistoria”, me dice con sinceridad mi abuela, y al decírmelo se le llenan los ojos de lágrimas, mientras cita a García Márquez, uno de sus escritores preferidos. Aunque no haya mal que cien años dure, Minona es un bien que alcanzará la gloria sobrepasando el siglo. Así se lo deseo y tal deberá ser.

Mi abuela supo que estaba en Colinas del Campo en una casa de labriegos y se hizo cargo de mí, a Dios gracias, llevándome a París con ella, donde permanecí hasta la edad de veintinueve años, aprendiendo y devorando cultura y lengua francesas cual si se tratase de un gran y melifluo hojaldre astorgano. Siento una emoción inmensa cuando viajo en tren vía El Bierzo y aparece la ya mítica señora que grita: “hojaldres, mantecadas de Astorga”.

En Colinas del Campo yo servía, si tal puedo decir, en la hacienda del señor Pardín, que así era conocido Aquilino Primout Valporquero, mi preceptor hasta la edad de diez años, aunque en aquella morada era considerado como un hijo más, en una familia de otros dos, además de mi presencia y un *gocho* asaz extraño, pero sumamente divertido. Amadorín no era un guarro común y corriente. Se sonreía

cuando yo lo iba a ver al cubil y le echaba de comer. A mí me parecía que estaba siempre contento. No tenía por qué no estarlo, ésa es la verdad. Lo cebábamos bien, lo tratábamos a cuerpo de rey, con él todo eran fruslerías y carantoñas. Para el cerdo Amadorín siempre había más comida que para todos nosotros, habida cuenta de que los alimentos no sobraban en aquella casa. Eran tiempos de carestía, difíciles sin duda, aunque se decía que el señor Pardín era un hombre pudiente en el pueblo.

“No te quejarás, rapacín, que has caído en casa de buenos posibles”, me decía la sardinera, que acostumbraba a subir una vez al mes a Colinas del Campo desde Igüeña.

La sardinera era una mujer entrada en carnes, tetona y sandunguera. A mí me tenía mucho cariño, y yo la veía como a una señora protectora, maternal, y a la vez excitante. Aunque niño, yo era un diablillo; “*recomiaco, demoi, galfarro*”, me gritaba mi ama cuando hacía algo que no estaba en regla. Siempre la moral y las sanas costumbres a vueltas. La educación ante todo, y la religión católica por encima de cualquier cosa.

“Antes te quiero ver enfermo que descreído”, me repetía mi patrona, que era, sin duda, una beata, un mocho de sacristía, estereotipos a un lado.

Un cacho de pan y otro de tocino, además de un plato de caldo, nunca me faltaron, todo hay que decirlo. En tiempo de castañas, que mi patrón tenía muchos sotos de ellas, cambiábamos la dieta rutinaria y *yantábamos* castañas cocidas y asadas como descosidos. ¡Qué deliciosas estaban! Era tiempo de *magosto* y atracón, y había que aprovechar.

El señor Aquilino y la señora Herminia, su esposa, me trataban bien, a pesar de todo, incluso me enseñaron las primeras letras, el catecismo y las cuatro reglas.

“Nosotros te enseñamos lo que podemos, como a tus hermanos, y gracias”, me recordaba el señor Pardín, como dándome a entender que hacían lo que podían por mí.

Mis hermanos, como él decía, eran menores de edad que yo. De mí se hicieron cargo el señor Pardín y su mujer porque creían que nunca podrían tener hijos -se lo había dicho una *mártir* en una ocasión-, y luego, al año de comprarme a mí por ocho cuartales de castañas y un cántaro de vino, apareció Jonás, y al año siguiente Adelaida, mis hermanos pequeños. Nos llevábamos bien, para fortuna mía, porque a buen seguro yo hubiera salido perdiendo en aquel sarao y encontronazo.

Jonás era un niño pálido, enfermizo, noble. Por demás, no ocasionaba ninguna molestia en la casa. A mí me caía bien. La señora Hermina andaba quejándose todo el santo día de que su Jonasín había nacido *engañado y morriñoso*. “¡Dios, qué cruz, con este crío!”, murmuraba.

Mi ama era muy exagerada al hablar. De un grano hacía una montaña. Utilizaba un lenguaje bastante curioso. A mí me divertía jugar con Adelaida a las casitas, a médicos, y a papás y mamás. Ella siempre andaba detrás de mí para que le contara alguna historia, que aunque pequeño yo sabía muchas. Hacíamos buenas migas mi hermanita y yo, a pesar de que mamá Hermina no estuviera muy contenta con nuestros juegos. “¡Eres una enredabailes!”, le reprochaba la señora Herminia a su hija Adelaida, que era una niña traviesa, pero con un corazón de oro, y con quien yo me divertía muchísimo.

A mí *se me malicia* que debió de haber sido una bruja o hechicera de poca monta quien les dijera a mis protectores que no tendrían hijos, y mi señora Herminia, que era devota de muchos santos y vírgenes, tapó *el tema* echando las cabras adelante.

A los quincalleros de la Maragatería no les fue mal en la feria con mis amos, porque sacaron buena tajada del asunto conmigo, y encima se entretuvieron arreglando, mejor sería decir remendando, algunos pucheros a mi señora Herminia Castrocontrigo Jafra.

Se dice que *cuando el arriero vende la bota, es que da la pez o está rota*. Durante dos días que permanecieron en la casa, bueno, en el pajar, tuvieron pensión completa. Ya se sabe: pobres pero honrados, además de generosos y hospitalarios hasta la muerte.

La casa de mis amos era espaciosa, tenía dos plantas y un enorme corredor de madera. El tejado era de pizarra, *losa*, decían ellos, y los muros de piedra. En la parte baja estaba el granero y el corral de los animales, y en la parte alta nuestra vivienda siempre olía a leña, a pan de centeno y a humo. La cocina tenía la lumbre en el suelo, sobre la que colgaba la *pregancia*. El corredor era donde los Reyes Magos de Oriente depositaban los aguinaldos navideños, o unos tristes *cagajones* de asno encima de mis abarcas, como me ocurriera un año, que nunca olvidaré. Yo, a la sazón, aún creía en los Reyes Magos.

Al que no le duró mucho tiempo la fortuna fue a Amadorín. Yo quedé muy impresionado con su muerte, una muerte sangrienta, cruel, criminal casi. “La muerte no puede ser tan horrible”, pensé. Sí, la muerte del cerdo Amadorín me sobrecogió porque estaba muy encariñado con él, y además el espectáculo,

su matanza, su *San Martino* me pareció denigrante, ruin. El indefenso animal chillando como loco, mientras mi protector le metía un cuchillo largo, reluciente, afilado en las entrañas, y otros individuos lo enganchaban para que no tuviera escapatoria. “No te quedes parado, Chano, agarra del rabo”, me decían aquellos hombres al unísono, con voz urgente y nerviosa. Eran unos bárbaros y descorazonados. Hacerle esa fechoría al hasta entonces feliz Amadorín. ¡Qué infamia y falta de escrúpulos! “Ya que no agarras -me soltó uno con socarronería-, vete a por un jarro con vino caliente y miel”.

El cerdo Amadorín se fue para el otro barrio a tañer la *zanfoña* en un quítame allá esas pajas y con el sentimiento cuajado, condenando a los matarifes, con toda seguridad, a continuar su juego carnicero.

En Colinas del Campo tenía unos vecinos harto pintorescos. Era una pareja de viejecitos aferrados con uñas y dientes a la ubre de la vaca y al arado de vertedera. La señora Rosaura era un esperpento acartonado y decimonónico, un aspaviento ya carroño, con las garras de las manos, y aun de los pies, dispuestas a rebanar la hogaza de pan, o lo que se le pusiera por delante. Diminuta, encorvada parecía una mesa camilla, y encima se gastaba malas pulgas.

“Este Veremundo de mío es un *escupuloso* -me dijo la señora Rosaura-, *quier* que le friegue la *cuchar* del caldo de la cena *pal* desayuno”. “¡Habrase visto!”, exclamó con un humor de mil demonios, como si acabara de decir una gran verdad.

El señor Veremundo era alto, robusto, colorado, de frente despejada y no muy arrugado, con el cabello entrecano, un poco más joven que su esposa, con mucha más vitalidad y entereza. Lo recuerdo embuchado en una zamarra sucia, que exhalaba un punzante aroma a cuadra de vacas, y con unas *galochas* negras y grandotas. Un buen día decidieron encamarse -quizá creyendo que les había llegado la hora de la verdad-, acaso esperando la muerte, y a mí me tocó la dolorosa, pechar con el entuerto, esto es, pagar la *maragota* sin haberlo comido ni bebido.

El señor Pardín, mi administrador, me mandó que atendiera a aquellas pobres gentes. “¡Hala, monín! *Vaite* y ayuda a esos ancianos, que bastante tienen *pa' ellos*”, me ordenó.

Yo tenía que servirles la comida que preparaba mi ama, la señora Herminia, y vaciarles la bacinica cada día. Los muy abandonados tenían siempre el perico debajo del camastro. En más de una ocasión llegué a vomitar cuando me disponía a recogerlo, pues el hedor de sus cacas me parecía nauseabundo. Aunque

estuve a su cargo durante más de quince días -qué dos semanitas-, nunca me dieron ni una peseta. Además de cornudo, apaleado, como suele decirse. No era porque no tuvieran *guita*, ya lo creo que sí la tenían. Los vejetes eran unos roñosos y unos marranos que atesoraban su caudal en sobres, encima de un armario escacharrado. “Cuenta los cuartos que tenemos en las envolturas, chavalín”, me decía el señor Veremundo. Y acto seguido exclamaba: “¡Qué no tengas que vivir una guerra!”.

Ahora entiendo por qué Minona me dice que en algunos lugares de la provincia de León se vive como los asnos; un caserón aquél, el de Veremundo y Rosaura, hecho a base de tacañería y atraso, negligencia y oscurantismo, reflejo casi siempre de una realidad atarugada en el prado de la boñiga y la empanada mental, estrechez de miras, cegado entorno por el que transitan almas en pena -¿acaso eran almas en pena o hijos de la guayaba?-, dolor que se resiente, ganas de reventar el muro que se interpone entre lo cotidiano vulgar y lo sublime sin interrupción, miseria vecinal, miseria de espíritu, que es la peor y más mezquina miseria, miseria que delinque. Cómo es posible atesorar capital para sepultarlo, pudrirlo en las arcas de un armario apolillado, amarga y sombría realidad, increíble *modus vivendi*, morir con las botas de derramar el estiércol puestas.

En los países subdesarrollados la gente se muere de hambre porque no tiene nada que llevarse a la boca. En cambio, mis vecinos de Colinas del Campo se dejaron pudrir entre dinero inservible, inutilizable, ceniciento, muerto, y eso sí tiene delito. Nunca olvidaré a aquellos carcamales, habitantes de un *Quinto Mundo* inhóspito e inimaginable, marcianos palpables, con los que yo tuve la oportunidad de intercambiar más que unas palabras. Después de todo, tengo presente las adversas circunstancias históricas de posguerra civil en que vivieran los antañones de marras. Es una baldosa de la que uno suele ser incapaz de desprenderse.

Colinas del Campo fue para mí como el centro del mundo, no conocía otro, ésa es la verdad, hasta que un día, el señor Aquilino, mi tutor entonces, me llevó a un pueblo llamado Fasgar. Aquel viaje a caballo hasta Fasgar me pareció interminable. Recuerdo que, cuando llegamos a Campo de Santiago, me dijo: “ya estamos llegando al destino, mocín”.

Me contó muchas cosas sobre la historia de Campo de Santiago: que el río Boeza nacía allí mismo, que en su día Campo había sido una laguna... Descansamos al lado de una ermita; bueno, él se tumbó en la



hierba a dormir una siesta, y yo, aunque estaba molido a resultas del viaje a caballo -mi experiencia como caballero andante me había ayudado sin duda, aunque antes tendría que decir como mozo de mulas-, anduve brincando y explorando el entorno como cualquier niño juguetero, a buen seguro animado por la novedad y la belleza del entorno. Era una tarde veraniega, brillante. Cantaban las cigarras y soplaba una brisa montaraz y perfumada. Recuerdo que aún tardamos bastante en arribar a Fasgar. Yo acompañaba a mi bienhechor Aquilino Primout Valporquero, el señor Pardín, que iba en busca de patatas para sembrar, según él, porque decía que las patatas de Fasgar dan buenas cosechas y cuecen rápido.

Fasgar me produjo una impresión de algarabía, feriantes y ganado en torno a cazuelas de pulpo humeante, mientras los concurrentes apalabraban precios, y yo me impregnaba de olores y sabores ambientales, frescos, estimulantes. Fasgar era como una gran escalera que estuviera a punto de tocar el cielo.

Luego de abandonar Colinas del Campo, para irme a vivir a París con Minona, me enteré de que a Jonás lo habían mandado a estudiar, con una beca Escuela-Hogar, al Colegio de Vega de Espinareda. Era una forma, sin duda, de salir adelante, la única quizá en aquel tiempo. Para entonces Jonás, aunque seguía siendo un *gurrumino*, ya había dejado de ser un enclenque y comenzaba a labrar su porvenir entre libros y disciplina de internado.

El Monasterio de San Andrés de Vega de Espinareda gozó *in illo tempore* de gran esplendor, cuna de saber, como lo fuera, de insignes literatos: Gil y Carrasco, Felipe el Carmelo o Camilo Ranero... y aun muchos más que no menciono, porque tan larga lista de personalidades daría impresión de pedantería por mi parte y, encima, ni la misma eternidad finalizaría con ella. Poco después, a Adelaida le tocaría igual suerte, a ésta en un colegio de Villafranca del Bierzo, cuyo nombre no recuerdo en estos momentos, porque pronto la trasladarían al colegio de *Las Benedictinas Carbajalas* en la Ciudad de León, sito en la Plaza del Grano. Yo, por la mía, andaba corrido y alelado en la *Ciudad de la Luz*, en medio de un nuevo útero lingüístico, deslumbrado tal vez por la grandiosidad y tamaño de la urbe.

Hasta entonces, lo más aproximado a una villa, que hubiera tenido ocasión de conocer, era Fasgar, que ya es mucho decir.

Colinas del Campo es aún hoy una aldea que sufre y calla, con la nieve del Pico Catoute como espejo de conciencia y memoria. Y siempre el Catoute como mirador de ilusiones, desde el cual se divisa al noroeste la zona del alto Sil y el valle del río Salentinos, y al noreste el pico Tambarón, que separa El Bierzo de las Omañas.

Ahora vivo en la capital de León con Minona, ya lo dije. Esto no es ni bueno ni malo. Esto es simplemente así. León es una capital provinciana, extremadamente pueblerina a mi modo ver, aunque no más que otras muchas españolas, lo cual siempre es discutible, y lo admito. Es una ciudad hecha a base de piedra arquitectónica, romanismo y frío. Una ciudad vetusta, una ciudad museo, una ciudad relicario. Comencé esta historia siendo sincero y quiero continuar diciendo la verdad.

¿Qué diría de León el pícaro y excelso Francisco de Quevedo y Villegas, si aún hoy estuviera en la cárcel de San Marcos, y viera que ésta se ha convertido en un lujoso Parador Nacional de cinco estrellas? *“No he de callar por más que con el dedo/ ya tocando la boca, ya la frente,/ silencio avises o amaneces miedo... Tiene sin ponderación más traza de sepulcro que de cárcel”*, añade Quevedo refiriéndose a la prisión de San Marcos.

Aunque me siento arraigado a mi tierra natal -siempre es conveniente sentir la tierra bajo los pies, pisarla fuerte y con amor-, mi patria podría ser un latido de tamboril y flauta, o un latido de dulzaina, un impulso vital, una patria musical quizá, aunque también podría decir -parafraseando a Rilke- que mi única patria verdadera ha sido la juventud.

-¡Si aún eres un crío! -me recuerda mi abuela.

-Los años no pasan en balde, abuela.

Los años van transcurriendo sin darnos casi cuenta, y León también termina convirtiéndose en memoria, en puro sentimentalismo, aunque me cueste reconocerlo.

Me da la impresión de que no es bueno ser un regionalista, y mucho menos fanático, sobre todo en los tiempos que corren: conflictos cercanos en las antiguas Unión soviética y Yugoslavia, y por otra parte el énfasis que se está poniendo en la actualidad para conseguir una Europa Común.

“En León aún compramos y vendemos en pesetas”, se sonríe con picardía una tendera de la Plaza del Mercado. Ludivina me deleita con su sentido del humor y su persona olorosamente excitante, cada vez que me dejo caer por esta Plaza Mayor.

-¿Qué te parece si quedamos un día para tomar un café en el Bar Miserias? -le pregunto.

-Venga, vale -me responde con interés y simpatía.

Por fortuna, en la provincia de León no se observa este fenómeno regionalista, al menos llevado al extremo, aunque se vean de cuando en vez pintadas que indican: “León solo”, “El Bierzo, República Independiente”, “*O Bierzo provinza galega*”, un fenómeno éste, folclórico a veces, que acaba siendo pernicioso, y en ocasiones bélico y sangriento.

Cuando uno está de acuerdo consigo mismo, importa poco la bandera que flota sobre nuestra cabeza, o a quien pertenezca esa u otra cosa, o que se hable castellano o chino mandarín. Yo no quiero hacer de mi provincia un cuento de color rosa, ni un paraíso, para luego tener que soportar el autoengaño y el peso de las ilusiones que no trascienden y se trocan en mentiras resentidas y risibles.

La Ciudad de León es un lugar apacible y seguro, *señorial*, dicen en los pueblos de la provincia, donde uno puede humedecer sus sentimientos a base de vinos de cosecha y empaparse en las muchas tascas, bodegas, tugurios que hay en el archiconocido Barrio Húmedo, y aun en otras y otros.

A Minona le gustan las morcillas encebolladas que sirven en La Bicha, y a mí me gustan los chorizos escaldados de La Parroquia.

“Yo suelo ir a El Botijo, El Pinocho y El Pote”, dice Ludivina Villaseca, la chica que vende ajos y puerros en la Plaza Mayor.

León se viste de colorido festivo, poético, cada miércoles y sábado por la mañana en la Plaza Mayor. Entonces sí, uno puede saborear amabilidad y alborozo en la Plaza, probando y aun reprobando viandas, quesos y dichos en los puestos del mercado.

La familia de Ludivina Villaseca Pradoluengo es de Truébano, un pueblecito perdido en Babia, donde los veinte vecinos que hay disfrutan jugando a *la Bigarda* o *Billarda* y a *la Gocha*; y en tiempo de *Antroido* se disfrazan de *vaca choira* o *foira*. Una aldea ésta a la que le cuesta encender la mecha de sus pupilas, pero desde la que se tiene una vista impresionante de Peña Ubiña.

Se dice que cada ciudad, cada país tiene su olor. La Ciudad de León, a veces, me huele a vino agriete -y no diré peleón, por cuanto sonaría a chiste manido y pareado-, a mirada inexpresiva quizá. Sí, hay miradas que tienen un color impávido, prueba de una sociedad aséptica y obnubiladamente burguesa, pretenciosamente adinerada -no todo el monte iba a ser orégano, ni es el león como lo pintan-, como suelen ser los occidentales y bien civilizados pueblos y ciudades europeos. Si bien es verdad, en León el estrés se deja aparcado en cualquier esquina. Eso que las metrópolis llaman cáncer cotidiano, ajeteo constante, en León no tiene cabida. A los leoneses nos gusta el vivir sin prisas, degustando buenos platos y catando embriagadores caldos, como si estuviéramos en perpetuo festín, en constante *satiricón* gastronómico, callejeando la exquisitez de los embutidos en la Plaza de San Martín, embutiendo nuestros ocios en papada de monja, y roscón de obispo Manrique de Lara, ora en El Zuloaga, ora en El París, comensales religiosos, *gourmets* como lo somos de callos, mollejas, cecina y botillo. No en balde ejercemos de romanos de pura cepa y santa mesa: Viña Aralia, Gran Bierzo, Valdevimbre, orujo con arándanos de Gistredo, queso de Ambasmestas, chanfaina de Riaño, ancas de rana de La Bañeza, jamón de Villamanín, urogallo a lo Vegamián -ay, siento lo del urogallo-, bacalao al ajo arriero de Mansilla, brazo de gitano del valle de Valdeón, leche frita de Toral de los Guzmanes, nicanores de Boñar, requesón de Cobrana y Labaniego. Por cierto, se me olvidaba decir que soy un odre inflado en busca de un paraíso artificial, como pretendiera *Baudelaire*.

La Ciudad de León sigue viviendo de su pasado glorioso, militar, romano, apostólico, forrado en piel de visón, pellejo de cordero, griposo y congestionado, luciendo bufanda hilada con melena leonina, *pulchra*, en noches invernales de filandón y calecho, huso y rueca, al amor del brasero, al calor de una calefacción de propano, dando la espalda al intruso, haciéndole ver su suerte, escudriñando, en noches de calecho, las puntas arquitectónicamente góticas de la catedral, elevadas agujas con reminiscencias francesas, símbolo que a algunos -siempre hay ingeniosos sabelotodo- se les ha ocurrido equiparar con Nuestra Señora de París. A mí me gusta decir Nuestra, en vez de *Notre*, porque la siento un poco de todos. Comparaciones aparte, mi abuela, que sabe o debería saber lo que se cuece en la capital francesa, reconoce la belleza y pulcritud casi divina de la Catedral de León. También yo me quedo de piedra, transformado en estatua, mayestático, contemplando el gótico al desnudo, mientras deambulo por la Plaza de Regla, el

Barrio Romántico, alegrando la vista con la *Caja de Los Botines*, confundido y enfundado en otra época, regocijándome en el hecho de poder vivir simultáneamente en el siglo XX y en el siglo XIII -vaya privilegio-, saboreando el incienso medieval y la mandrágora *new age* en el Teatro Emperador. Ludivina, Minona y yo hemos asistido últimamente a unos conciertos maravillosos en este teatro.

-¿Qué te ha parecido el concierto de *Hedningarna*, Ludivina?

-Muy bonito -me responde-, eso para luego andes diciendo que en León no hay conciertos interesantes.

No va por ahí la fusilería verbal. Mi idea sobre León es la que cualquiera puede tener sobre una capital de provincia, vista, por supuesto, desde una óptica más cosmopolita y liberal, incluso más mundana, donde coexisten guetos, razas, nacionalidades, no siempre en armónica convivencia, pero que confieren al paisaje urbano un toque de distinción y vivacidad, chispa y enredo. Al fin, va a resultar acertado aquello de que en ningún otro lugar de Europa, excepto en la muy histórica y nobiliaria provincia de León, se avienen tan armónicamente los elementos de la cultura moderna con las supervivencias de un ayer remoto. Y yo, distraído, no me esté enterando de la *vaina*, el *cotarro* si lo prefieren.

Mi abuela, que se dice atea al estilo Voltaire y Buñuel -atea gracias a Dios-, es, sin embargo, harto sensible al entorno que le rodea, siendo capaz de apreciar lo sublime, celeste y terrenal, sin sentir por ello que está violando su condición de no creyente, amante como lo es del canto gregoriano y las fugas al estilo Johann Sebastian Bach.

En la Ciudad de León, dicha sea la verdad, aunque sólo sea una verdad subjetiva, bien válida por lo demás, uno se puede pasar toda una vida contemplando el éxtasis a través de los rosetones y las vidrieras medievales de la catedral, que todavía se siguen considerando como las más importantes de España -ahí queda eso-, ora paseando el alma, como un jubilado más, por los parques de Papalaguinda, chistoso nombre, y la Condesa de Sagasta, qué aristocrático discurrir entre amapolas y margaritas primaverales, a orillas del río Bernesga, ora rezando padrenuestros y avemarías en la Colegiata de San Isidoro.

“San Isidoro, un santo nacido en Noceda del Bierzo”, me atestiguó una mujer con la que entablé conversación, luego de asistir a una conferencia en Santa Nonia sobre asuntos socio-culturales, esa

palabreja tan de moda y en boca de nuestros protectores *bienpensantes*. San Isidoro pudo haber sido un genuino *leonense*, pero esto ya es agua pasada, historia lapidaria.

Era una señora menuda, cargada de años, cordial, que pretendía a todo trapo mostrarme su saber y su preocupación por todo lo genuinamente leonés. Me contó que era poeta o poetisa, y que había investigado y escrito bastante acerca del origen de San Isidoro. Yo, por mi parte, le hablé de lo que acababa de leer en *La Pícara Justina* a propósito de San Isidoro, o San Isidro, como en la tal novela se menciona, a saber, que “aquella casa, en reliquias preciosas era una Jerusalén; en indulgencias, una Roma; en grandezas de edificios, un *Pantheón*... Depósito de los más ilustres y solemnes huesos de Occidente”, agregué, recordando una graciosa frase de Víctor de la Serna. Además, en esta Colegiata se guarda el vino más viejo de la cristiandad.

León se torna monótono, fácil y sedentario, incluso afable y deseado en pleno verano, cuando uno ha entregado el alma, cuando uno se deja arrastrar por la corriente, Torío abajo, por la corriente vulgar. Cuando uno decide entregar el alma -no tengo muy claro que esto pueda decidirse-, lo demás sigue con absoluta certeza el mismo curso, idéntico camino.

Ludivina Villaseca, a la que conozco hace algún tiempo y con la que me lo paso pipa, me endilga que no sea tan oscuro y pesimista, que soy un exagerado:

-Te comes demasiado el tarro, Chano, disfruta y déjate llevar.

Si tú supieras, amiga Ludivina, las carcajadas que suelto cuando me abandono en arrobos oníricos, ascético y me dejo llevar por una aparente y cínica comodidad *medioburguesa*, ese discreto encanto tan bien alimentado siempre que no ocurran males mayores, siempre y cuando no aparezca un ángel exterminador y ponga en entredicho el sistema, violando la normativa vigente, la moral que subyuga y castiga, condena y aniquila al estigmatizado.

Si tú sintieras, Ludivina, cómo se entretiene a los desempleados a base de Frenadol subsidiario, *prozac* de cursillos de desempleo, fútbol televisado y las copas de rigor en los muchos y ruidosos bares de noche, entonces tú también te *descojonarías* a mandíbula batiente, perdón, tú te reirías, incluso esbozarías una sonrisita, como acostumbras a hacerlo, te reirías de la llamada *marcha* o *movida* española, movida leonesa de zombis y por ende de leones y tigresas un viernes cualquiera en La Raspa, El Rincón del Cura,

El Capote, El Rodeo, un viernes 13 decimosexta parte, tolo y hortera, en el Burgo Nuevo, en La Fundación, en El Andamios, en las mil y una monas -que no las mil y una noches sensuales y arábigas, con *Scheherezade* en la punta de mi lengua-, salidos todos ellos de la misma catacumba romana, legionaria, como en un filme fantasioso y cutre, murciélagos deseosos de chupar sangre, como pícaros posmodernos, vampirizar coágulos, morcillas, sangrar la cuenta bancaria familiar, tirar de tarjeta BBV, Santander, visa -jeta diametralmente opuesta a la de mis vecinos de infancia Rosaura y Veremundo-, aplanarse en los bordes, en las aceras, delante de un cajero automático, robotizar los movimientos, bailar *ácido* y *bacalao* hasta la madrugada, un baile tribal, selvático de leones a base de *crack*, *éxtasis* y *tripis*, luciendo modelito *Spice Girls*, bronceado a lo *Miami Beach*, abotargamiento nocturno y desolador en noches leonesas de estío, y casi siempre de frío glacial, cerca ya de la Pícara Justina, que principia a calentarse, colocada ya (¡Justine, heroína de novela de oro!), porque entonces tú, Ludivina, yo, Chano, y el resto de la tropa -en el fondo somos máscaras de carnaval-, seguiremos el mismo camino, todos *idem* de lienzo a través de la Virgen, habiendo antes pernoctado en Trobajo del Camino, peregrinando bajo un cielo tachonado de estrellas, haciendo un alto en el Camino de Santiago para descansar los pies y abreviar la sed, *bolingas* como lo estamos del chupe y el *dance*; entonces el resto, la manada, la *peña*, la *basca*, seguiremos la Vía Láctea, la Ruta Jacobea, partiéndonos el culo -¿así se dice en el argot, *art gothique*, actual, no?-, tocando el pífano y bailando la Carrasquilla, o una danza epitalámica tal vez, entrando en trance como derviches giróvagos a ritmo de *chifla*, tamboril y castañuelas, corriendo la rosca, nuestra rosca de trigo, horneada con madera de nogal y roble, apadrinados por San Froilán, zapateando el camino de Villadangos del Páramo -sabemos que en el Camino de Santiago también venden gato por res, como hiciera Bullarengue en El Bierzo Alto y Bajo-, la vía lechosa que condujo al licencioso Prisciliano hasta la noble, mantecosa y muy romana *Austurica Augusta*, acaso el más antiguo enclave urbano de los que subsistieran en la nuestra Península, pero no te preocupes, Ludivina, porque el trayecto lo haremos en un *Mercedes-Benz* o en un *Ferrari*, si así lo deseas, o en lo que más te plazca.

-No deberías meterte con los famosos y las marcas publicitarias -me sugiere Ludivina.

-La próxima vez, andaré más precavido -le prometo.

Minona me dice que soy un *bacilón* de mucho cuidado, que cuando se me sube el punto a la mollera me río hasta de mi madre, qué Dios la tenga donde ella se merece. “Eres un duende, y nunca mejor dicho”, me enjareta con cariño mi abuela.

No lo olvides, Ludivina, lo demás seguirá el mismo camino con absoluta firmeza, incluso en pleno desconcierto, tan armónica y relajante como se muestra nuestra ciudad leonesa al visitante, o mismamente al habitante de a pie, que respira pureza y seguridad en todas sus plazas y calles.

No quiero estar renegando siempre de vivir en León. Sólo quiero ser sincero conmigo mismo, mi estimada *Blanche*, convencerme de que la realidad brutal y estimulante es otra bien distinta. Yo, a veces, le digo *Blanche* a Ludivina, también le llamo *Blancanieves*, porque me resulta poético y divertido. Ella es muy lírica y apasionada. Aquí vendría bien el dicho de que es una leonesa de las del buen tiempo.

En León nada malo puede ocurrir, a no ser que te quedes helado al sereno una noche de invierno. “León era pueblo frío, temí que la caridad leonina no tuviese la misma propiedad”, escribe López de Úbeda.

Después de todo, y eso ya es mucho, esto supera con creces la incertidumbre que genera el caos, la bancarrota, las ansias de vivir a toda costa, ocurra lo que ocurra, vivir en vilo, salvar el pellejo aunque sea arrastrándolo, adentrándose en subterráneos para arañar, rasgar, romper vetas de soledad y existencia negra, túneles por los que se vianda en busca del sustento diario, afanosamente en busca de vida, cuando uno es consciente del riesgo y el peligro que entraña descender a las cavernas esenciales de la naturaleza, sintiendo el cuerpo, ahora sí, apegado a la tierra, al *charco*, al carbón, sintiéndolo a fondo, la espalda encorvada bajo el peso de un cielo entibado, aguantándolo durante un mes en una mina de Torre del Bierzo.

Lejos quedan ya aquellos días hechos de sudor, tristeza y antracita, cuando el cielo lucía azul radiante, protector casi, y yo tenía que bajar al pozo, al abismo, entre vómitos e ilusiones, alucinando un mundo atractivo, verde esmeralda, adornado con molinos de viento y casitas de cuento de hadas. Yo, entonces, soñaba con Holanda.

Ahora ya sé lo que es ser minero y aventurero y carretero y cazador de *gamusinos* y capador de cerdos -nunca olvidaré a Amadorín-, como el capador aquel tan cachondo, de San Justo de Cabanillas, y al que confundían en la zona con El Sacauntos, que a ritmo de pito pregonaba:



-No os preocupéis, que aún está el capador encima de la gocha.

Siempre quise experimentar la sensación de trabajar en una mina, incluso Minona me invitó a ello, en una ocasión en que ella quiso acercarse a Bembibre, con motivo de unas vacaciones escolares, acaso para que yo pudiera barrenar una nueva vena de experiencia, tantear una realidad más, sustento fundamental en la provincia de León.

Calzado de senderos infinitos, y los ojos de físico llorar, subí mirando para abajo, remontando mi hundimiento pasajero en El Bierzo. Probé y supe lo que allí se fraguaba.

El Bierzo, anfiteatro, brizo mágico en el contexto de la estepa o páramo que lo rodea -cuna que me arrullara en Colinas del Campo-, tierra de dioses, esquilhada, operada a corazón abierto, en toda su profundidad, con las vísceras al descubierto, en el asador, tostadas para más inri en la chapa de una cocina de carbón.

“¡Son algo portentoso, los mineros/ elaborando su función mental/ y abriendo con sus voces/ el socavón, en forma de síntoma profundo!”, escribe César Vallejo, y agrega: “¡Salud, oh creadores de la profundidad...! (Es formidable)”. Es formidable, son colosales los mineros, sí, pero ahora vivo sosegado, cómodo, cual Diógenes en su tonel -ya dije que era un odre-, acostumbrado al *Bene vivere*, a la rutina en un León que me ofrece docencia, decencia, buenos modales, cultura libresca, bibliotecaria, alejado del orinal de Veremundo y Rosaura, alejado ya de *Carbonilandia* y de la vida a prueba de martillo y dinamita, alejado de los fantasmas de la herrumbre y las pesadillas en que aparecían *costeros*, galerías sin espejo ni fondo, que siguen horadando el vientre berciano de Losada, Tremor, Pobladura de Las Regueras, Toreno, Matarrosa del Sil..., tierra taladrada que cruje, trueno y revienta: sangran las galerías sus pulmones silicóticos, hechos nata negra. Vivir en la comarca del Bierzo no es grave.

Ahora vivo en la Ciudad de León porque he abandonado mis pretensiones de vida aventurera, bohemia, minera, sin un céntimo en el bolsillo, para dedicarme a la enseñanza en este rincón desconocido y placentero llamado León. Vivo en mi torre de marfil, esto es, en mi *cupeto*, en el noroeste español. Se engaña el que asegura querer hacer otra cosa distinta de la que hace, o estar en otro sitio diferente en el que está. ¡Qué razón tiene Minona cuando me habla de la falsa conciencia! Algunos, al leer estos renglones, comprenderán que su única solución es actuar y dejarse de monsergas.

“¿Eres de Barcelona?”, acostumbran a decirme cuando viajo al extranjero. Algunos creen que León está al lado de Barcelona, e insisten en el hecho de que vivo cerca de Barcelona.

León es una provincia entre el verde gallego, el carbón de Lacia y las anchas y cereales tierras castellanas, acostumbro a espetarles a los que tal me preguntan.

Adelaida Primout Castrocontrigo logró terminar la carrera de Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid y ahora escribe artículos para *Interviú* y esporádicamente para el *Diario de León*. También hace radio en una emisora privada. Siempre supe que mi hermanita sería alguien en la vida. La última vez que nos vimos, hará unos dos meses, estaba muy guapetona.

-¡Chano, cómo nos divertíamos cuando éramos pequeños! -me recordó bromista Adelaida.

-¡Ya lo creo!

A la señora Herminia se le murió el marido, el señor Pardín, de una trombosis cerebral hace siete años y se fue a vivir con su hija a Madrid.

Jonasín vive en Arizona. Nadie sabe a qué se dedica. Dice que está bien y que por el momento no puede regresar a España. En una carta reciente se expresa como sigue:

*Querido hermano Chano: ¿Qué tal estás? Espero que al recibo de la presente estés bien de salud. Yo voy tirando, gracias a Dios. Estoy contento de vivir aquí. Siempre fue mi sueño. Ya me defiendo en inglés, aunque también hay gente que entiende el español...*

*...Me da un poco de pena no poder estar con vosotros, pero así es la vida. En cuanto ahorre unos dólares iré a visitaros, te lo prometo. Y si tú quieres acercarte por esta tierra, ya sé que eres muy viajero, pues aquí me tienes, mi casa es tu casa: 1002 North Street, Phoenix, 85007, AZ, no lo olvides. Dale muchos recuerdos a tu abuela y un fuerte abrazo para ti. Te quiere tu hermano Jonasín.*

¿Qué diría de León el pícaro y excelso Francisco de Quevedo y Villegas, si aún hoy estuviera en la cárcel de San Marcos, y viera que la tal se ha convertido en un lujoso Parador Nacional de cinco estrellas?

Algún día visitaré a Jonasín, aunque ahora -lo confieso- estoy plácidamente en León, mientras sus tripulantes navegan ensimismados a lo largo y ancho de Ordoño II, absortos en la contemplación de sus encantos y maravillas.

Cuando León se desperece, y se quite de encima el frío invernal, entonces sí, León será un paraíso artificial. Espero sepan disculpar mi osadía, queridos lectores.